EL MÉDICO DE SU HONRA Y LA VICTIMIZACIÓN DE LA MUJER: LA CRÍTICA SOCIAL DE CALDERÓN DE LA BARCA

Según varios estudios sobre *El médico de su honra* de Caldéron de la Barca, el honor parece presentar el problema fundamental de la obra. Al investigar el drama de este modo, los estudiosos tienden a reducirlo a una sola problemática, es decir, ¿aprobó Calderón la muerte de Mencía exigida por el código del honor? Sin duda esta tradición crítica nos ha proporcionado muchos resultados valiosos, pero al mismo tiempo pasa por alto la consideración de otros problemas humanos más fundamentales. En esta ponencia me propongo ensanchar el enfoque tradicional del drama para incluir las relaciones básicamente problemáticas entre el hombre y la mujer.

Nuestras actitudes hacia la literatura en general y hacia el drama en particular pueden disminuir la comprensión de esta tragedia calderoniana. Ernesto Sábato, en una entrevista con mi colega Chester Christian, enfocó el tema con tanta claridad que sus observaciones iluminan nuestro caso. Según Sábato, los personajes de una obra no son abstracciones o generalizaciones, sino que son intensificaciones concretas, y con eso quiere decir que se destacan más claramente que sus modelos reales. Se encuentran en situaciones muy especiales, situaciones límites, donde tienen que confrontarse con la muerte, el crimen o la locura: « y es como si entonces la realidad fuera vista con una luz muy intensa en situaciones muy especiales, y esto es lo que le da al arte esa fuerza que tiene ». Si bien especiales, los personajes y sus circumstancias aclaran inevitablemente lo que llamamos las situaciones ordinarias del hombre y la mujer. Explica Sábato el propósito de esta intensificación a continuación: « La novela [el drama] es así como un experimento metafísico; son como experimentos hechos a alta temperatura y a alta presión de los mismos seres humanos que nos rodean, pero el ser humano, visto a esa alta temperatura y esa alta presión revela verdades que generalmente están ocultas. El arte, y sobre todo la literatura, es una revelación. El ar-

tista, y el escritor, fundamentalmente busca la verdad, lo que está oculto ».[1]

Por consiguiente, debemos andar con cuidado al relacionar los temas de *El médico de su ahora* con la vida real. En particular la atmósfera del drama no refleja completa y adecuatamente la vida española del siglo 17; más bien refleja de un modo fragmentario un aspecto puesto en situación límite. El mundo de los personajes de *El médico de su honra* es peligroso, lleno de engaños y mentiras. Fácil es resbalarse y caer en ese mundo dominado por el qué dirán de los demás, y muchos se ven obligados a arriesgar lo que normalmente no se atreverían a contemplar. En este mundo ficticio donde el amor se ve amenazado, donde la venganza parece todopoderosa, y donde la vida misma es problemática, el silencio, el secreto y el disimular se destacan como características de una desolación que a la vez nos atrae y nos repugna. Sin embargo, nos damos cuenta de que eso no es la vida —es el drama.

Tal como se intensifican el ambiente y las situaciones de *El médico de su honra,* también se intensifican sus personajes. El Príncipe don Enrique se comporta arrojadamente, sin preocuparse de los problemas que provoca para Mencía. Al abusar de su posición y de su poder reales, se niega a considerar la situación que ella describe: « Si me casé, ¿de qué engaño / se queja, siendo sujeto / imposible a sus pasiones...? (I, 301-303) [2]. En este mundo regido por el honor, es significante que en el curso del drama el Príncipe nunca mencione esta palabra « honor ». Sólo le interesa su auto-satisfacción. Doña Mencía de Acuña será la víctima inocente de este Príncipe ególatra, aunque ya lo fuera con anterioridad al ser forzada por su padre a casarse con don Gutierre Alfonso Solís. Se encuentra ella entre la pasión que siente para con el Príncipe y el honor que debe a su esposo. Además tiene un marido que ya ha mostrado su obediencia al código del honor, un marido cuya susceptibilidad a sus exigencias es bien probada, un hombre capaz de extremos que nos atemorizan por su violencia. Tal hombre puesto en el ambiente ya descrito cae en la trampa y se entrega a los engaños de su mundo.

1. Quisiera agradecerle al profesor Christian su generosidad al suministrarme la entrevista con Sábato.

2. Pedro Calderón de la Barca, *Dramas de honor: El médico de su honra y El pintor de su deshonra,* ed. A. Valbuena Briones (Madrid: Espasa-Calpe, 1965). Todas las referencias provienen de esta edición, citadas por acto y línea.

Tiene que *sentir y callar;* tiene que mentir. Aunque toma las precauciones usuales —por ejemplo consulta con el Rey sobre sus problemas con don Enrique— no puede estar a la altura de su extraordinaria situación. Como hombre dominado por caprichos violentos, es incapaz de distinguir entre las apariencias y la realidad. Por lo general responde a las necesidades del momento sin intentar probar deliberadamente su validez, por ejemplo en el caso de la carta fatal de Mencía dirigida al Príncipe. Este hombre es capaz de una furia desmesurada y de una crueldad horripilante, y se aprovechará de cualquier recurso para defender la apariencia de su honor, inclusive el asesinato de su mujer y de Ludovico, el sangrador.

Indudablemente el honor es un elemento importantísimo de *El médico de su honra,* y por añadidura hay dos ideas abstractas tocantes al honor que establecen la subestructura de todo lo que ocurre en el drama. El honor, en el primer caso, es el reconocimiento y la recompensa de la sociedad por las acciones virtuosas del hombre; en el segundo el honor es el que sitúa al hombre en su sociedad y el que determina su derecho a preferencia [3] —es la afirmación de su orgullo y de su dignidad como hombre. Este último modo de entender el honor se desvinculó con el tiempo de consideraciones morales, estableciendo así el honor como el bien supremo de la existencia humana. En resumidas cuentas estas ideas sobre el honor estaban en conflicto durante los siglos 16 y 17, y Caldéron implícitamente utiliza esta pugna como tema de su obra. Por decirlo así, demuestra cómo se divorció el honor de la virtud, su fuente tradicional, a medida que describe qué recursos utilizará el hombre al proteger su lugar en la jerarquía social. Como descubrimos en *El médico de su honra,* un hombre del calibre de Gutierre brutalizará y deshumanizará hasta a la mujer que quiere al proseguir este honor degenerado; aun más la matará. Que los hombres sean capaces de tales atrocidades no sorprendería a los que hemos presenciado el genocidio de los judíos y de los camboyanos. Calderón no tiene que verificar este rasgo terrible del carácter humano. Lo que se propone comprobar es cómo y por qué existe en su sociedad.

En *El médico de su honra* a Calderón le interesan más los problemas fundamentales y los temas humanos que subrayan los apuros obvios provocados por una consideración irrazonable del honor. En

3. Véase Julian Pitt-Rivers, « Honour and Social Status », en *Honour and Shame: The Values of Mediterranean Society,* ed. J. G. Peristiany (Chicago: Univ. of Chicago Press, 1956), pág. 36.

otras palabras, intenta establecer las premisas básicas de un hombre de honor tal como don Gutierre. Al iluminarlas otros hombres más normales descubrirán que tienen mucho en común con él. Por ejemplo, los personajes masculinos de *El médico de su honra* consideran que las mujeres son posesiones suyas, más o menos como objetos. Don Enrique cree que tiene el derecho de solicitar relaciones sexuales de doña Mencía, y que tal derecho procede de que él es hombre y ella mujer (I, 380-394). En todas las relaciones masculino-femeninas se refiere al hombre inevitablemente como el *dueño* de la mujer, y es significativo que don Enrique emplee esta expresión (I, 387). Inclusive doña Mencía se siente forzada a confesar que, además del marido, el padre tiene el derecho propietario sobre las hembras de su casa, y este derecho propietario incluye la elección de esposo (I, 569-74). La razón por la que el hombre es el dueño de una mujer es bien sencilla desde que aquél se considera naturalmente superior al « sexo débil ». Por ciertas necesidades biológicas algunos hombres concluyen que las mujeres deben ser sujetas a la dominación masculina y que la naturaleza misma establece esta subordinación para su provecho. Sin embargo, sea cual sea su opinión sobre el tema, el aceptar la consecuencia errónea de algunos hombres de honor de que la vida de una mujer no es tan estimable como el honor de un hombre es seguramente una aberración intolerable contra la naturaleza y, todo lo más, contra una sociedad justa y compasiva. Pero esta es precisamente la premisa que un hombre como don Gutierre quisiera aseverar: el hombre tiene el derecho de sacrificar y disponer de las mujeres de acuerdo con la necesidad masculina. Aunque reconozca la inmoralidad inherente de tal creencia, no obstante tiene que suprimir la conciencia y su respuesta a esta depravación moral. A fin de cuentas este hombre accede a la jerarquía de valores impuesta por su sociedad, la cual es totalmente injusta y anticristiana. Doña Mencía grita: « Inocente muero; / el cielo no te demande / mi muerte » (III, 640-42). Sus palabras ilustran la lucha entre la moralidad exigida por una sociedad compasiva y la inmoralidad impuesta por una sociedad bárbara regida por el honor degenerado.

La tragedia no termina con el sacrificio de doña Mencía a los fetiches sociales españoles, porque la obra sondea más a fondo el problema. Al acabar la obra doña Leonor con don Gutierre subraya la victimización de las mujeres por parte de los hombres. Acabamos de presenciar el sacrificio de doña Mencía en arras del honor— y con manos ya bañadas en la sangre de ella, el sumo sacerdote del

honor extiende el vínculo matrimonial a doña Leonor, víctima anterior y, en esta escena horripilante, probable candidato a la victimización. ¿Qué permite acción tan atroz? Si el significado social del honor requiere el homicidio de mujeres inocentes y su victimización a manos masculinas, la conclusión inevitable es que las bases de la sociedad española son falsas y deshumanizantes. En el asesinato de la inocente Mencía y en la victimización de la ingenua Leonor, Calderón revela las costumbres aceptables de su sociedad, una sociedad establecida sobre un patrón falso y destructivo, el que necesita la subordinación de todas las mujeres al poder y al privilegio masculinos. Al llevar a cabo ineluctablemente esta deuda del honor, Calderón revela tácitamente las suposiciones horribles de su sociedad dominada y orientada por los hombres.

Por lo tanto el papel de doña Leonor en *El médico de su honra* no es insignificante en términos del mensaje o de la verdad que se propone comunicar Calderón, más bien es contérmino con el de doña Mencía. Doña Leonor está a solas en el mundo; no tiene ni padre ni hermano ni tío que pueda proteger su honor y su posición en la sociedad. Esta falta de protección masculina la expone a los males de una sociedad en la cual la autodefensa se ha hecho un requisito para sobrevivir. En términos del argumento, el estar sólo nos explica por qué pudo don Gutierre poner en peligro impunemente el honor de ella. Sin un hombre que pudiera haberlo desafiado y forzado a defender sus razones por haberla abandonado, doña Leonor se va al garete sobre un mar incierto y arriesgado. Por otra parte Calderón nos hace recordar magistralmente que aun con la protección masculinas las mujeres serán victimizadas por la dominación y el exceso masculinos, y en el caso de doña Mencía esta protección masculina en realidad le causó la muerte.

En esta obra Calderón desinfla la autoimagen heroica de la España masculina al reducirla a una tipificación contemporánea. En vez de producir acciones virtuosas dignas de alabanza, esta sociedad masculina mantiene un código del honor degenerado que promueve el vicio. En vez de una nobleza verdadera que promueva en nombre de Dios, patria y familia, halla Calderón una mezquindad de mente y una vileza de espíritu, características de una nación degenerada. En vez del heroismo de las glorias pasadas de España, encuentra un fingimiento y una postura que sólo pueden burlarse de la historia al imponer todo su poder y peso sobre unas mujeres desgraciadas.

Esta interpretación de *El médico de su honra* contradice las opiniones de Menéndez y Pelago y otros que ven el drama como obra fundamentalmente inmoral. Si es válida, entonces debemos revisar nuestra apreciación de Calderón como artista y crítico de su sociedad. En esencia debemos rechazar el juicio sobre Calderón que nos lo presenta como un dramaturgo que sólo, aunque estéticamente, refleja lo que su sociedad cree. Para apoyar esta interpretación, muchos críticos opinan que no hay ironía en sus obras. Insisten en que aprueba o perdona las demandas inmorales del honor, inclusive el asesinato. Pero la tragedia que examinamos descubre un homicidio fundamentalmente repugnante cuya ferocidad es excesiva especialmente a la luz de la manera fría y calculadora por medio de la cual se realiza. Don Gutierre, con su lógica precisa y brutal, busca eliminar la causa femenina de su deshonra, y sus comportamiento automático, de autómata, contrasta sobremanera con el homicidio apasionado y humanamente comprensible de doña Serafina por parte de don Juan en *El pintor de su deshonra.* Calderón eliminó la pasión como móvil del asesinato de doña Mencía para demonstrar las consecuencias lógicas de un don Gutierre al desvalorar a las mujeres. Para asegurar que el mensaje no se pierda en la manera horripilante de su muerte, acaba el drama con los desposorios de doña Leonor con este mismo asesino. Sólo por medio de una visión irónica de la acción podemos integrar sus elementos aparentemente oscuros, absurdos o confusos en una estructura lógica y completa. A buen seguro, la crítica calderoniana penetra más allá de la cuestión obvia del honor hasta descubrir los factores sociales que subrayan las actitudes masculinas hacia la mujer. A fin de cuentas, elucida las actitudes y premisas masculinas que conducen, en situaciones límites, a la deshumanización y la consiguiente victimización de la mujer.

Además, tenemos que rechazar las implicaciones de las opiniones de Américo Castro que afirman que el drama del siglo de oro no podía criticar directamente el honor y la sociedad española. No podemos derivar de esta observación que no hubo ningún tratamiento crítico del honor o de la sociedad. Cuando Calderón obscurece el significado de una obra suya, desafía a la imaginación en lugar de alentar nuestros prejuicios. Como afirmó Philip Vellacott, « la ironía por su naturaleza sólo puede recurrir a la imaginación »,[4] y cualquier in-

4. *Ironic Drama: A Study of Euripides' Method and Meaning* (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1975), pág. 146.

terpretación de Calderón que no tenga en cuenta la respuesta imaginativa exigida por su arte se verá predestinada a la ruina o a la parcialidad. El método irónico aplicado a los dramas de honor en general o a *El médico de su honra* en particular integra sus distintos elementos y aclara sus obscuridades. Por consiguiente, le devolvemos a Calderón su debido lugar en la literatura española como gran dramaturgo que nos desafía a nosotros y a sus contemporáneos a indagar las ilusiones y engaños sobre los cuales fundamos nuestra vida.

THOMAS AUSTIN O'CONNOR
Texas A & M University